

El libro del trimestre

José María Vinuesa Angulo

Los nacionalismos. Viejas ideas en el nuevo milenio

(Estudio especial del caso vasco)

Ediciones del Labertinto, Madrid, 2000.

Eduardo Martínez

Profesor de Filosofía



José María Vinuesa realiza en este libro un estudio del nacionalismo aplicado al caso español y en concreto a la problemática del independentismo vasco. En su texto realiza un análisis riguroso y, al mismo tiempo, trata de dar una respuesta consistente a la realidad de la violencia. Se propone la objetividad desde la no neutralidad. Se sabe educado en el nacionalismo español y trata de desactivar los prejuicios del mismo por la única vía del juicio; pero también se sabe heredero de tradiciones *internacionales* — como la ilustrada o la personalista— que le impelen a superar los egoísticos límites nacionalistas.

Y es que la existencia en España de una organización violenta de corte nacionalista provoca que los análisis se precipiten, degenerando fácilmente en discursos dogmáticos, partidistas y beligerantes. El encono surgido de la violencia evita, las más de las veces, la reflexión atenta y sosegada. Ciertamente, no debemos permanecer impertérritos ante el desafío de la violencia. Tampoco es conveniente contemporizar en exceso con el ideario nacionalista, en aras de un falso pluralismo, allí donde debe ser enjuiciado éticamente de modo rotundo. Lo pertinente es reflexionar con radicalidad y compromiso. Ambos extremos son satisfechos por J. M.^a Vinuesa, aunque no siempre estemos de acuerdo con el contenido de sus análisis o con el énfasis de los mismos.

La confianza del autor en los ideales ilustrados (el *atrévete a saber* de Diderot y Kant, la universalidad, la igualdad social, la libertad de toda servidumbre...) le lleva a la racionalidad como única vía de solución definitiva a los conflictos, y como el único criterio válido para la construc-

ción de una cultura universalizable con justicia. El cosmopolitismo ilustrado es el proyecto del autor; el modo de conseguirlo es obviar la falacia nacionalista, luchar con ella hasta su perfecta extinción, tanto en los independentistas como en nosotros mismos.

El libro empieza esclareciendo el concepto de nacionalismo. Se trataría de una especie de amor pervertido y excluyente por la identidad cultural propia. El principio que se postula está a la base del nacionalismo es el de *autopreferencia* (una especie de autoestima hipertrofiada).

Aunque nos pueda parecer mentira, el nacionalismo no es localizable, tan sólo, en las reivindicaciones independentistas o en el terrorismo explícito. Hoy, para el autor, somos todos nacionalistas porque políticamente pertenecemos a Estados-nación que nos impelen a este tipo de fidelidad y exclusivismo. Signos de ello son, por ejemplo, las reivindicaciones agrícolas y pesqueras contra Marruecos de los últimos meses, el racismo rampante a los primeros signos de inmigración, el énfasis en lo deportivo como gesta nacional, etc. Quizá la más clara expresión de este fenómeno nos la ofrezca la fragmentación de la lucha obrera por estados a pesar de su tradicional internacionalismo. Hoy es el capital el que está internacionalizado, el proletariado pertenece a un estado y admite este ámbito como medio propio de actuación (ej.: trabajadores de grandes empresas transnacionales en España y otros países europeos se enfrentan por el establecimiento o mantenimiento de ciertas sucursales, en vez de hacer frente común entre ellos y con los trabajadores del Tercer Mundo en aras de una justicia social global).

J. M.^a Vinuesa distingue entre un nacionalismo cultural, estatista, económico e independentista. El primero es un puro y duro etnocentrismo; la etnia propia supone un plus de dignidad, cuando no la acapara exhaustivamente (esto es lo que explica que casi todas las tribus primitivas se den a sí mismas el nombre de «humanidad», «nosotros los hombres» u otros análogos). En cuanto al segundo, decir de él que es propio de los estados-nación, un nacionalismo triunfante que se esfuerza en defender su soberanía. El tercero es el efecto del segundo en el área económica; es decir, el proteccionismo. Y el cuarto supone la reivindicación de que todo pueblo tiene el derecho a constituir su propio estado.

Esto no es sino el principio de un análisis que pasa por capítulos como la identidad nacional, el sentimiento nacionalista, el derecho de los pueblos, el nacionalismo como parareligión o religión civil, etc. En todos ellos J. M.^a Vinuesa pretende diseccionar la falsedad y perversión de los pilares legitimadores del nacionalismo. Para él es muy problemático hablar del mismo concepto de nación, sus límites son imprecisos y manipulables (tendientes además al imperialismo de lo propio, una vez satisfecha la independencia). Además, este concepto incluye en su seno una noción falaz de la identidad; a saber, una especie de pureza que es incapaz de reconocer su historicidad, su origen mestizo y su esencia evolutiva en el encuentro y comunión con otras identidades.

Otro de los frentes principales de la obra es la defensa de lo prioritario del derecho humano frente al derecho de los pueblos. Nunca el derecho de las colectividades puede reivindicarse por encima de la dignidad humana o a su pesar.

La obra estudia el *sentimiento nacional* como modo de vinculación del hombre con el colectivo de un modo masificador y manipulable. En relación con esto también se encuentra la potencialidad del nacionalismo como donante de sentido para las existencias individuales. Ello le proporciona en ocasiones el carácter de una religión secular.

Lo que es evidente a lo largo de todo el trabajo es que, para el autor, el nacionalismo —en todas sus manifestaciones— «es el problema». El nacionalismo es pernicioso *per se*, pues surge de un amor desviado, en cuanto todos los amores lo son respecto de una realidad ajena que aparece ante los ojos como digna y amable, y el nacionalismo no pone el acento en ella sino en su pro-

pia dignidad. Además, este fenómeno impacta en dos áreas centrales de la vida global de la humanidad: la paz y la prosperidad. Según el autor, el principio por el cual toda nacionalidad tiene el derecho y el deber de constituirse en Estado provocaría la multiplicación de los conflictos bélicos (externos e internos); y una feudalización que obstaculizaría, por medio de la fragmentación, una economía global.

Como valoración crítica hay que decir que, en algunas ocasiones, el énfasis analítico de la obra evita necesarias consideraciones históricas sobre la génesis del fenómeno nacionalista (la primacía de unos nacionalismos sobre otros, la violencia explícita y cultural que unos sufrieron de parte de otros, las minorías étnicas sufrientes de intentos de genocidio como los kurdos a manos de turcos, sirios e iraquíes, etc.). En otros momentos, a mi juicio, el apoyo de Vinuesa en los ideales ilustrados para su crítica del nacionalismo y su proposición del cosmopolitismo, provoca una parcialidad que no hace justicia a la realidad de una mediación fundamental en la vida de los seres humanos. Esa instancia es lo que podríamos denominar «matria».

El personalismo propone una alternativa al deseo abstracto ilustrado y al egoísmo nacionalista. La «matria» es una instancia que debe ser tenida en cuenta y consiste en todo un mundo de vinculaciones afectivas con nuestro entorno cultural (tradiciones, usos, creencias, estructuras de relación social como las económicas o las políticas, etc.) y físico (orografía, clima, etc.). Esta dimensión ha sido negada por la ilustración reprimiéndola hasta el extremo con un *desideratum* sobre lo que el hombre debería ser, y ha sido explotada por el nacionalismo que ha reconocido en ella un caudal potente de energía subjetiva y social.

El ser humano no puede sobrevivir sin identidad. Ésta puede construirla desde una masificación que le evite la libertad y la racionalidad, pero también en un encuentro real con el prójimo, con una comunidad, o con el Otro absoluto (Dios), que le ofrezcan la senda de un ser sí mismo desde la aceptación del amor y la donación de sí. El reto es ofrecer al ser humano una identidad racional y credencial tan amplia que abarque por su radicalidad todas las expresiones de lo personal, y tan sustanciosa que motive y comprometa a la humanidad en una fraternidad encarnada y plural.